

tros, ni con vosotros el pueblo, sino volviéndoos hácia el verdadero polo, el Dios personal, el centro y la cima de todo progreso humano, el infinito viviente. Si no efectuáis en vuestra inteligencia, en vuestra alma, en vuestro corazón, esta conversion que voltea la vida del polo inferior hácia el polo superior, acaecerá lo que tiene que acaecer. Mientras que los adoradores de ese infinito viviente gravitarán hácia su centro y subirán á la luz, vosotros, arrancados voluntariamente á ese infinito de que huís, descendereis, y con vosotros descenderá el género humano, de tinieblas en tinieblas hácia el polo de la nada. Vosotros no sois religiosos, no quereis serlo; huís de Dios, abandonáis el infinito. ¡Id, desdichados, id! Sois retrógrados; hijos de la nada, bajad; id al abismo que os llama. La sentencia está pronunciada por la voz invencible de las cosas: ireis de caída en caída hasta ese infierno de la tierra que cava el ateísmo para los pensadores y los pueblos sin Dios.... Porque ¿qué es el infierno mismo, entiendo el verdadero infierno, el infierno de la otra vida, sino la suprema excentricidad de los seres por la eterna fuga del centro?

Pero no, deteneos sobre esa pendiente que conduce al abismo. No solo con el cristianismo, sino con el género humano, tremolad la bandera de la religion, que se ve flotar por todas partes en la cima de sus mas altos edificios, es decir en la cima de sus templos. ¡Caed, soberbios, caed de rodiillas en presencia de Dios! Religiosos y adoradores, con cada paso, cada aspiracion, cada movimiento de vuestra vida, remontaos hácia ese infinito que os llama á las mas sublimes alturas; y, grado por grado llegad, aun sobre esta tierra, á ese paraíso anticipado que encuentran los pueblos que gravitan hácia su centro, es decir hácia Dios.



CONFERENCIA SEGUNDA.

Decadencia por el Ateísmo.

Monseñor:

Después de haber mostrado sucesivamente y de año en año como el cristianismo alumbra y engrandece al género humano en todas sus faces, desde el orden moral que nos sirvió como de base, hasta el orden artístico que fué para nosotros como la cima del edificio, nos hemos preguntado si habia algo mas profundo que esa base y mas alto que esa cima, y hemos pronunciado esa palabra que no há mucho hacia resonar vuestra voz de padre en el alma de todos vuestros hijos, con un vigor y una fuerza en que se reconoce siempre el caracter magistral de vuestra sublime palabra; hemos dicho á V. E. I: La *Religion*, es decir, la relacion eficaz del hombre con Dios; la religion, que es para el mundo humano lo que la atraccion es para el mundo sidéreo, lo que la sávia es para el mundo vegetal, lo que la sangre es para el mundo animal, lo que para toda la naturaleza es esa fuerza oculta y visible, misteriosa y palpable, á que da la ciencia diversos nombres; la religion, la fuerza motriz, el *mens agitat molem* de la humanidad progresiva, segun la admirable expresion del orador romano: *Omnia religione moventur*, tal es la gran tesis que tratamos este año. Y porque una secta audaz se levanta en medio de nosotros, protestando en nombre del progreso, no contra tal ó cual religion, sino contra toda religion, era menester

luchar ante todo con ese error madre, el Progreso por el ateísmo.

Hemos empezado por establecer ese hecho lamentable que arrancaba á vuestra alma de obispo quejas yacentos en que la indignacion se unia á la compasion, el hecho del ateísmo que nos invade, nos desafía y nos amenaza. Contra ese protestantismo radical que se atreve á proclamar el advenimiento de la gran civilizacion por medio de la abolicion de toda religion, hemos evocado estos tres testigos: la naturaleza del hombre, la fuerza de las cosas, los hechos de la historia; tres testigos absolutamente irrecusables del matrimonio indisoluble que une en el fondo de las cosas, en el fondo de las almas y en el fondo de los acontecimientos, la Religion y el Progreso.

Aquí podriamos detenernos. El progreso por el ateísmo está convencido de contradiccion radical y de imposibilidad absoluta. Empero para quitar á los apóstoles del progreso sin Dios el último prestigio y el supremo recurso, el prestigio de lo vago y el recurso de lo indeterminado, es fuerza entrar en pormenores; es menester llegar á la precision y á la determinacion de las cosas. En nombre de la lógica y del sentido comun venimos á intimar al ateísmo que se explique, que se precise, que se determine, que nombre el progreso que pretende realizar. ¡Adoradores del hombre, blasfemadores de Dios! Es tiempo de salir del equívoco; dejad las grandes palabras vanas que resuenan y nada articulan; vengamos á las cosas que tienen nombre y que se dejan comprender. Quereis elevar al hombre sobre las ruinas de Dios; quereis construir sobre los escombros de todas las religiones, ese ente misterioso y fascinador, el Progreso: pero, el progreso ¿de qué? el progreso ¿en qué?..... Aquí está el punto decisivo.

¡Ah! Nosotros tambien amamos esta palabra que se ha hecho célebre, porque es palabra nuestra y no nos la arrebatateis. Desde hace quince años la hemos repetido mil veces. Nos hareis, empero, la justicia de confesar que nunca la hemos dejado en esa vaguedad y esa indetermina-

cion en que ya no dice nada, precisamente porque dice todo lo que quiere cada uno. Hemos trabajado en definirla, en circunscribirla, en darle los nombres que exigen las cosas. Para sondearla en todos sentidos y alumbrarla en todas sus profundidades, para arrancar á esa esfinge del siglo XIX todos los enigmas que encierra en su misterio, nos ha sido indispensable un largo y paciente trabajo. Que hoy nos sea permitido aprovecharnos contra el adversario de este rudo trabajo y penoso desenredo. Repasemos juntos rápidamente esas lecciones que se presentan sucesivamente en doce años como las páginas de un libro; y en vista de cada faz del progreso que torne á pasar delante de nosotros, preguntemos sin arredrarnos al ateísmo contemporaneo: ¿Qué progreso llevais á cabo? Este es todo el plan de mi discurso. No será una repetición; será una recapitulacion, y quizá os servirá de haceros comprender mejor la síntesis un poco vasta de nuestro asunto.

Al tratar la gran cuestion del siglo XIX, la cuestion del progreso, hemos establecido ante todo dos puntos fundamentales: el punto de partida y el punto de llegada. Todo progreso, en efecto, estriba en estos dos datos: parte de alguna cosa para llegar á alguna cosa. Todo progreso es un paso hácia el fin: si ignorais el punto de partida y el punto de llegada, ¿cómo saber que avanzais? Inútil es decir que el ateísmo, acerca de estos dos puntos, está convencido de una impotencia absoluta: ignora el punto de partida y el punto de llegada. No importa: á pesar de ese fin de nada admitir que lo detiene en el umbral mismo de la cuestion, no por eso deja de tremolar sobre su cabeza la bandera del progreso; y si queremos creerle, todo progreso viene de él y ha de terminar en él. Lo conjuramos á que se explique; ¿cuál es este progreso?

Empecemos por la base para remontarnos hasta la cima. Hémos aquí, desde el primer momento, sobre la tierra firme del orden moral. Sin virtud, sin santidad, sin un progreso

moral proporcionado á los demas progresos, todo vuelve á la barbarie. Tal fué, bien lo recordais, la tésis fundamental expuesta hace doce años. Apoyados sobre la roca de esta verdad primordial, intimamos al ateismo á que responda á esta primera interpelacion: ¿Qué haceis en favor del progreso moral? ¿Qué haceis para suscitar virtudes, sacrificios, abnegacion? ¿Qué haceis, sobre todo, para crear los santos, los santos, es decir, los gigantes de la virtud; los santos, esos verdaderos hombres grandes de la humanidad; los santos, falange escogida y generosa, aristocracia magnánima, única capaz de guiar por la senda del bien esas sociedades carcomidas de generacion en generacion por la gangrena de todos los vicios y la lepra de todas las miserias morales? No podeis pasar sin responder aquí al género humano que os interroga, á la democracia que os acecha y amenaza devoraros á vosotros y á vuestros sistemas, si no encontrais en su fondo este secreto supremo, esta solucion radical á los problemas que os propone: crear virtudes y santidad, abrir anchas y profundas, las fuentes de la vida y de la grandeza moral. Porque, permitid que os lo repita, sin ese progreso fundamental que eleva á los hombres á su verdadera altura, todo cae por tierra con la humanidad misma, y todos los demás progresos realizados por ella se convierten en veneno que la corrompe ó en puñales que la asesinan.

¡Hijos del ateismo, discípulos de la distrucion! Puesto que teneis la pretension de edificar tambien vosotros, esa obra maestra del Progreso, decid: ¿qué colocais en la base? ¿Cómo echais los fundamentos de ese mundo moral que ha de sostener y cargar todo el edificio? *Super quo bases consolidatæ sunt?* ¿Cómo haceis para crear ese pan sustancial y cotidiano de la humanidad, la virtud, la santidad sobre todo? Yo no pregunto aquí cuánto valen, bajo el punto de vista en que nos hallamos, vuestros méritos personales. No quiero ni aun saber cuál es el peso de vuestras virtudes, en esa balanza en que se pesan las virtudes del género humano. Sois quizá ese fenómeno de la humanidad, un ateo

honrado; ¿qué digo? un ateo santo; sea enhorabuena: cuando el ateismo haya edificado él tambien su religion sereis inscrito en el calendario de sus santos. Pero no es esta la cuestion. Se trata de saber lo que imaginan vuestros sistemas, que proclaman como cercana la muerte de la religion y la caida de Dios, para dar al mundo moral bases inamovibles. Veo bien que vuestro ateismo rompe todos los frenos que encadenan en el fondo de las almas humanas esos instintos feroces cuya explosion multiplica las ruinas y los funerales; veo bien que su soplo de hielo, al pasar por las almas, marchita todas las virtudes, del mismo modo que mata el amor al pasar por los corazones; veo bien, en fin, que vuestro ateismo, tomando posesion de la vida humana, cava en ella, entre las ruinas de la religion, una tumba al remordimiento, ese supremo honor de la conciencia que aun vive; pero lo que no alcanzo á ver, lo que quisiera ver, es lo que hace el ateismo como ateismo, si no para crear, al menos para conservar en el alma humana el fondo de una moral cualquiera.

¡La moral! ¡Ah! Yo os conozco bien el secreto de destruirla; no os conozco el secreto de crearla y de mantenerla. Me equivoco, Señores: me olvidaba, ¡ah, sí! me olvidaba de una prodigiosa invencion del ateismo en el siglo XIX, una invencion que será uno de los objetos del mayor asombro y del mas estupendo ludibrio de la posteridad. Ciertos hombres de estos tiempos se reunieron un dia para acordar un medio de aclarar cómo el ateismo se enlazaba en su sistema con todas las virtudes; y mirándose sin reir, pronunciaron esta palabra que se ha hecho mucho mas célebre de lo que merece: *Moral independiente!* Y esta turba de hombres, siempre impacientes de romper los vínculos y la sujecion de la antigua moral, es decir, de la moral dependiente, hicieron un inmenso estrépito en derredor de este tremendo disparate. Dijeron: Sea enhorabuena; hé aquí la moral tal como la necesitamos, cómoda, nada molesta, aceptable; una moral libre, independiente de todo y que no obliga á nada. ¿Lo oís? *¡Que no obliga á nada!*

¿Y cómo obligaria? Con qué título obligaria? ¿A nombre de quien obligaria?...¿Qué! ¿Una obligacion sin ley? ¿Qué! ¿Una ley sin superior?...¿Qué! ¿Un superior sin Dios?...Pero, si Dios no existe, ¿quién será nuestro dueño? *Quis noster Dominus est?* Y si no hay dueño, ¿á qué hablais de ley? Y si no hay ley, ¿porqué una obligacion? Y si no hay obligacion, ¿qué venís entonces á hablarme de moral? ¿Moral independiente!... ¿Jamás ha venido á asombrar mi espíritu contradiccion tan escandalosa! ¡Ah! ¡Necesitais una moral que no os obligue! Ved ahí una gloriosa ambicion; los animales tampoco están *obligados*. ¡Gracias á la carencia de toda razon, conocen el sublime régimen de la moral independiente! ¿Es esto lo que quereis: el hombre independiente en el mundo moral, como el animal sin razon, sin conciencia y sin libertad?

¡Ah! Si esta es la grandeza á que quereis elevarnos, atreveos á decirnoslo y á proclamarlo en alta voz. ¡Idos! Conocemos ya vuestro secreto: vuestra moral independiente no es mas que la negacion de toda moral. No me admiro de ello. El ateismo práctico es el último término del mal, así como el ateismo doctrinal es el último término del error. Conservais esa palabra eternamente popular, la moral; sí; pero la cosa perece en el fondo de vuestros sistemas. Despues de haber destruido con la religion el apoyo necesario de toda moral, desde el fondo de esas ruinas en que perecia la realidad, os fué forzoso evocar, para responder á la imperecedera necesidad del alma humana, un fantasma de moral, y con él simulacros de virtudes: y mostrando al siglo esos vanos fantasmas y esos simulacros mentirosos, dijisteis: ¡Pueblos, venid á nosotros; somos los constructores del edificio del porvenir; hemos colocado sobre su base la fábrica del progreso verdaderamente humano, hemos creado la moral independiente!...

No há mucho que mi hermano en el apostolado (1) de lo alto de esta misma cátedra, con qué elocuencia, bien lo sabies, arrancaba de cuajo esta base sin apoyo y consumia

(1) El Padre Jacinto, que predicó el adviento de 1867. N. d. T.

con sus rayos esos fantasmas sin vida. No puedo hacer á semejante enemigo el honor de una segunda batalla, y paso adelante, contentándome con lanzar á los últimos defensores de esta prodigiosa aberracion, este supremo desafio: ¡Hijos de la moral independiente, discípulos del ateismo doctrinal! ¡Continuad vuestra obra, edificad sobre esa base vuestro templo del porvenir y vuestro edificio del progreso; que se eleve, piso por piso, mas alto que todas las creaciones humanas. Mañana se desplomará sobre vuestras cabezas para sepultar bajo sus ruinas á vuestros sistemas y á vosotros mismos: ó si permanece en pié, quedará como aquella torre de Babel, monumento del orgullo humano que se esfuerza por destronar á Dios; y para vosotros tambien la confusion de vuestras lenguas, hechas ininteligibles á fuerza de mentir á la razon y al sentido comun, no será mas que el sello auténtico de todas las confusiones que habreis elevado vosotros sobre esa confusion suprema, la *moral independiente*!

II.

Sea en buena hora, dirá el ateismo convencido de impotencia para crear virtudes, convengo en ello, el orden moral no es mi terreno; el progreso moral no es mi obra y la virtud no es mi hechura. Pero mi verdadero terreno, mi obra maestra, mi triunfo, vedlo aquí; el *Progreso material*. Sobre este terreno en que he puesto el pié y tendido la mano, ¿quién osará convencerme de impotencia? ¿Quién será mas fuerte que yo?

En efecto, Señores, el ateismo suprimiendo á Dios, el alma y la conciencia, se vuelve sobre la materia; y allí, desplegando sobre un mismo punto y en una misma direccion toda la energía del hombre y todos los resortes de su fuerza, trabaja en abrir, en el orden material, pozos mas profundos, en arrancar á las entrañas de la tierra tesoros siempre nuevos, en hacer salir de la materia goces siempre nuevos. Ahí se estrella fatalmente la ambicion del ateis-

mo; y hace solo pocos dias lo gritaba á la Europa en públicas proclamas: *Nuestro objeto final es el placer; nuestro cielo es la tierra perfeccionada por nuestro trabajo, y no tenemos otra religion.* En verdad, si el ateismo ha de realizar en alguna parte algun progreso, es seguramente en este terreno del órden material. Concedamos, sin discutirlo, que un pueblo sin religion, una raza de hombres sin Dios, pueda multiplicar tanto como otra los telégrafos y los caminos de hierro, los fusiles y los cañones mas y mas perfeccionados; que pueda empuñar, tanto como el pueblo mas moral y mas religioso, instrumentos para domar la materia, y máquinas para matar á los hombres. Los pueblos que se postran delante de Dios, y los mas radicalmente religiosos, nada tienen, es cierto, que envidiar bajo este respecto á ese mundo nuevo soñado por nuestros ateos modernos. Pero, en fin, concedámosles, tan grande como es posible, el poder de crear el progreso material. Al fin de estos milagros realizados por el trabajo sin religion y el genio sin Dios ¿qué pensais que hay?

Yo lo supongo; vednos aquí convertidos en esa humanidad soñada por esos últimos entre los sectarios. Todas las máquinas de la potencia material están en nuestras manos; y nuestra industria construye, para mostrarlo á la tierra, un templo como el mundo no ha visto jamás; y en este templo del progreso ateo despliega un panorama de prodigios, que eclipsa el esplendor mismo de la Exposicion universal de 1867. . . .

Sin embargo, moderad vuestro orgullo: yo veo desde aquí al bárbaro y aun al salvaje que van á marchar tambien ellos por ese camino abierto del progreso material y de la fuerza bruta: yo los veo en ese terreno próximos á igualar vuestro poder, y ved que ya los Hovas de Madagascar, esos civilizados de la barbarie, siguen de cerca, por esa senda, las invenciones de vuestro genio. Poco falta para que ellos tambien tengan muy presto fusiles como vuestros fusiles, cañones como vuestros cañones, ferrocarriles como vuestros ferrocarriles, todos los instrumentos, en una pa-

labra, de la creacion ó de la destruccion material. Aquí tambien yo os otorgo, sin que podais exigirlo, el privilegio de una superioridad que nadie pone en duda. Sí; pero ¿en qué van á convertirse en las manos de una raza de hombres sin religion y sin Dios, esas máquinas formidables, esas invenciones gigantescas, cuyo poder es bien diferente para dar la muerte que para crear la vida? ¡Ah! ¡Me estremezco al pensarlo! . . .

Un dia, algunos de esos malvados que el ateismo engendra por todas partes, como una posteridad legítima y digna de él, serán arrebatados por el torrente de las revoluciones y el soplo de los acontecimientos á la cumbre mas elevada de esas sociedades sin Dios: y allí, en ese punto central á que la política moderna tiende á hacer que todo se dirija, pondrán sobre todos esos resortes á la vez su mano feroz, convertida, por la injuria de los sucesos, en mano omnipotente. ¿Y qué harán esos bandidos afortunados, armados con todo el poder del progreso material? Escuchad: van á mandar á todos los telégrafos que envíen por todas partes y á la misma hora la misma señal de muerte; van á mandar al vapor, como á mensajero, á que trasporte por todas partes, con la rapidez del ave, todos los instrumentos y todos los ejecutores de las venganzas populares; un ejército de verdugos salidos de todas las callejuelas de la Revolucion triunfante va á levantarse y á marchar como un solo hombre á la señal dada por un déspota de baja ralea, salido él mismo, ayer, como un demonio del infierno, de los antros de la demagogia sangrienta. . . . Y entonces, ¿qué llegará á ser, qué podrá llegar á ser, por lo menos en algunas semanas, quizás aun en pocos dias, ese templo magnífico de la civilizacion material llegada á su cumbre mas alta? ¡Un inmenso matadero de hombres construido por algunos malvados para asesinar á la gente honrada! . . . Porque, no os engañeis, ese progreso material que crece en un pueblo sin religion y sin Dios, no es mas que el arma puesta en la mano del mas fuerte para destruir al mas débil. Todas las cuestiones se reducen á una cuestion, á una cuestion de ca-